

VIERNES SANTO

1ª lectura (Isaías 52, 13 – 53, 12): *Despreciado y evitado por los hombres.*

Salmo (30, 2.6.13-13.15-17.25): *«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu».*

2ª lectura (Hebreos 4, 14-16; 5, 7-9): *Aprendió, sufriendo, a obedecer.*

Pasión (Juan 18, 1 – 19, 42): *Si me buscáis a mí, dejad marchar a estos.*

“*Fue crucificado, muerto y sepultado*”, este artículo del credo de nuestra fe es lo que celebramos, año tras año, en este Viernes Santo, recordamos la muerte redentora de Jesús, en el relato de la Pasión de Cristo, Juan destaca que cuando el Hijo del Hombre es levantado en el madero de la cruz, es levantado, a la vez, a la gloria. Es el Mesías glorioso que asume la misión salvadora del siervo humilde de Yahvé, el siervo que “*ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas*”. El Siervo que, soportando nuestras culpas “*justificará a muchos*”.

La cruz de Cristo es, por tanto, el triunfo definitivo del Señor que, como sumo y eterno sacerdote de la nueva alianza, ofrece en el altar de la Cruz el sacrificio del que Él mismo es la víctima, así entra como sumo sacerdote, no en un santuario construido por mano de hombres, sino en el santuario celeste. Nos dice el evangelista que, en la muerte de Cristo, se rasgó el velo del templo, lo que significa que la muerte de Cristo rompe la distancia entre Dios y el hombre, las puertas del paraíso, han quedado definitivamente abiertas para el hombre porque aquel que venció en el árbol del paraíso ha sido vencido en el árbol de la cruz.

Por ello, Jesús, con su último aliento, puede proclamar solemnemente: **«Todo está cumplido»**. Este grito de Jesús que constituye su última palabra en la cruz, es un grito de triunfo, de victoria. Es el Cristo levantado que, como anunció, al ser levantado, atrae hacia Él, hacia su triunfo, a la humanidad entera, es el cumplimiento obediente a la voluntad del Padre. Se ha realizado la salvación definitiva del hombre pues en la cruz, el hijo de la mujer ha aplastado la cabeza de la serpiente, por eso el Cristo levantado envía el Espíritu.

Por eso nos dice el evangelista: “*Inclinando la cabeza entregó el espíritu*”. El Espíritu de Cristo es el Espíritu de Dios que nos entrega desde la cruz. Por ello, cuando el soldado lo traspasa con la lanza, del costado brota sangre y agua, brota el agua del Espíritu del que es la fuente del agua viva, brota la sangre de la Eucaristía, o sea brotan los sacramentos de la Iglesia. Como dirá san Agustín: **«duerme Adán y es formada Eva; muere Cristo y es formada la Iglesia. Eva es formada del costado de Adán dormido. Y como una vez muerto Cristo le hieren el costado, para que manen los sacramentos con los cuales se forme la Iglesia»**.

No podemos prescindir del entorno pascual que acompaña al sacrificio por antonomasia cual fue el sacrificio del Hijo de Dios encarnado. La imagen del cordero pascual ofrecido como víctima alcanza su pleno significado. Jesús se ofrece en sacrificio expiatorio al Padre para cancelar el protocolo de enemistad que existía entre el hombre y Dios. A partir de la muerte de Cristo la humanidad tiene abierto el acceso al Padre. La resurrección de Cristo es la garantía de que la victoria sobre la muerte, consecuencia del pecado, es definitiva para todos aquellos que creen en Jesús.

Hay una lectura triste y dolorosa del hecho de la pasión de Cristo y hasta podemos rebelarnos ante la idea de un Padre exigente que requiere la muerte de su Hijo para cancelar la deuda de la humanidad contraída por el pecado de Adán. ¿Cómo nos va a alegrar ver a un Padre que no perdona a su Hijo, el predilecto, y le deja morir desangrado en la cruz? Ante nosotros queda el misterio y una vez nos resistimos a adentrarnos en él; preferimos nuestros razonamientos y consideramos que no era necesaria tanta crueldad para satisfacer las exigencias del Padre.

Sin embargo, ahí está la voz de Dios que ilumina con su verdad el misterio insondable de amor de Dios al hombre. Su Hijo, engendrado por el Amor de Dios Padre, se ofrece voluntariamente para salvar al hombre, que se había alejado del designio creador y se había instalado en el reino de la confusión, de las sombras y de la muerte. Al aceptar Jesús esta misión entra en un universo en el que la muerte tiene poder; por eso podemos decir que Jesús acepta esa condición mortal sin que por ello se niegue a cumplir su misión. Su reto será vencer en ese reino de sombras y de confusión y acabar con la muerte como último destino del hombre.

“*Hecho obediente hasta la muerte, llevado como oveja al matadero*”, Jesús siente en profunda soledad la cercanía de la muerte como un desenlace que le lleva a apelar a su Padre **«Padre, porque me has abandonado»**, de forma apasionada, rozando con la querrela al sentirse solo y abandonado. Como víctima inocente podríamos poner en sus labios las palabras de Job. Es la contemplación del misterio más allá de la torpeza de quienes creen poder explicarlo todo: “*¿Por qué te tapas la cara y me tratas como a un enemigo?*”. “*Dios me entrega a los malvados, me arroja en manos criminales*”. “*Me ha despojado de mi honor y me ha quitado la corona de la cabeza*”.

El cordero pascual, el primogénito del rebaño, sacrificado para alcanzar el favor de Dios en clave de fecundidad, cobrará nuevo sentido en la noche del éxodo cuando la sangre del cordero se convierte en signo salvífico para el pueblo de Dios. En plena celebración de la fiesta del cordero, en la misma cena pascual, Jesús anuncia que Él será sacrificado, entregado a la muerte para dar vida con su sangre a todos los que comulguen con Él. El mensaje y el ejemplo de la pasión de Cristo nos hace comprender que sin sacrificio no logra el ser humano aceptarse a sí mismo y acabar perdiendo su vida sin sentido. Nos resistimos a ser víctimas y nos cuesta hacernos violencia como Jesús en Getsemaní: **«si es posible pase de mí este cáliz, pero hágase tu voluntad»**.